

Musicoterapia y el niño sordo

Valeska Sigren

Musicoterapeuta del Centro de Audición, Aprendizaje y Lenguaje Comunica

Esencialmente, la música se dirige al espíritu. Toca el alma del individuo, reduciendo los estados de tensión, aumentando la percepción, deja aflorar las emociones, estimula la imaginación, clarifica los conflictos produciendo una calma que beneficia al ser humano profundamente, devolviéndole así su equilibrio físico o psíquico.

La musicoterapia es la comunicación no verbal con el individuo. Desde la vida intrauterina hasta la ayuda al paciente terminal, en las terapias posthospitalarias, en la readaptación y la reinserción de pacientes a la vida diaria, la música aporta una nueva óptica en la relación terapéutica.

En el Centro de Audición y Lenguaje Comunica creamos, en el año 1993, el primer programa de musicoterapia para niños sordos. Este consistió en atender a grupos de niños de edades variables, de 4 a 7 años, en dos grupos, dos veces por semana.

Con mucho esfuerzo y dedicación, ayudados por la generosidad de mucha gente, logramos obtener un piano, instrumento fundamental para incentivar al niño a oír lo que dice el piano, y otros instrumentos musicales, todos ellos de percusión especialmente.

Pero, por qué de percusión, se preguntarán ustedes. El instrumento de percusión es un instrumento simple, fácil de sostener aun por manitos pequeñas y, sobre todo, siempre sonará perfecto. No necesita afinación, es atrayente a la vista y por consiguiente, el niño se siente seguro. Cualquiera sea la forma de tocar ese instrumento, va a tener un sonido agradable que será un gran estímulo para él.

Comenzamos la sesión con un momento de silencio, de atención. En ese momento, les toco el piano, muy suavemente, muy armoniosamente. Sentados en el suelo, dejo que fluya la vibración, y a la vez, observo cómo se van relajando, van descubriendo los sonidos, los acordes y observo en sus caritas unas sonrisas de complicidad, como que algo está pasando.

Pero, tenemos claro que hay niños que oyen y otros que no oyen. Dentro de esa clasificación, encontramos otras categorías, que podríamos nombrarlas como: hipoacusia moderada, severa, profunda, y sordera total.

El proceso de oír es un proceso complicado. Cuando nos referimos a que oímos un sonido, en realidad nos estamos refiriendo a que estamos consciente de que existe como tal.

En este mismo proceso existen otros cuatro elementos básicos, aparte de muchos otros, pero que son importantes de identificar: la sensibilidad, la discriminación, el reconocimiento y la comprensión de lo dicho. Cada uno de estos elementos son fundamentales al llegar el momento de calificar cuál es el grado de hipoacusia que presenta una persona.

Mi experiencia personal me señala que, incluso aquellos niños con pérdidas auditivas más profundas, pueden, de cierta manera, sentir y oír las vibraciones de los instrumentos de percusión con los que hemos trabajado, y, lo que me parece más

interesante aún, es que en el momento en que les pido a esos niños concentración, en una llamada de "Atención! Escucha!" ese niño, que puede ser tan pequeño como de tres o cuatro años, cambia de actitud, se concentra, pudiendo imitar el modelo auditivo que yo le señalo con mi instrumento. Es de notar sí, que los instrumentos musicales tienen más intensidad que la palabra hablada, sobre todo para el oído del que toca el instrumento. Los niños con hipoacusia severa pueden discriminar sin audífono. Aquellos con hipoacusia profunda lo pueden hacer con audífono, y los que padecen de bipoacusia total, deberían de sentir las vibraciones a través de sus audífonos, teniendo en cuenta, sí, de que al tocarlos se haga especialmente fuerte. Sabemos además que, los oídos que han sido dañados por alguna dolencia, tienen dificultad para diferenciar distintos sonidos. A mayor deficiencia auditiva, menor es la discriminación. Pero curiosamente, la discriminación de patrones rítmicos es posible en todos los niños hipoacúsicos, cualesquiera sea ella su intensidad.

El niño totalmente sordo puede percibir información rítmica pero no información melódica. Nosotros trabajamos con un abanico de niños que representan diferentes grados de audición, y hemos constatado que todos estos niños escuchan el piano, y de alguna manera responden a los estímulos rítmicos ofrecidos, siempre en forma de juegos musicales, lo más atrayentes posibles.

Es interesante observar a esos niños, muchas veces muy pequeños, responder a la música de manera muy evidente. Niños que nunca antes habían sido expuestos a sonidos rítmicos específicos, con instrucciones precisas, como ser: "Vamos a oír un sonido fuerte y uno suave. El fuerte lo marcamos en el piso, el suave en las manos". Ese niño, lo procesa con atención, lo oye, y sigue las instrucciones tal como le fueron dadas. Ese proceso es lo que yo llamo musicalidad. Hay niños que innatamente responden al estímulo musical auditivo. Otros no. Lo que me lleva a reflexionar que la musicalidad no está relacionada con el oído.

Hay muchas definiciones de lo que es musicalidad. A mi entender, musicalidad es la capacidad de sentir, de absorber, de reproducir patrones de sonidos, y de transformar esa información en emoción.

Toda esa suma de emociones y sensaciones no tiene que ver con el oído sino que con el cerebro. En mi opinión, y en la de varios educadores de música, es ahí, donde radica la musicalidad de la persona.

Hemos visto un sinnúmero de niños, que siendo deficientes auditivos profundos, demostrar una musicalidad tal, que hemos logrado, después de mucho esfuerzo y estímulo permanente, profundizar esta habilidad, hacérselas presente a los padres, y hoy día varios de esos niños estudian danza o algún instrumento.

Entonces, volviendo al punto de partida, podemos constatar que, independiente de la dificultad que tenga el niño para oír, o la profundidad de su sordera, ese niño tiene la misma capacidad de disfrutar de la música y con la música como cualquier otro niño. Sus oídos podrán ser un limitante, en el sentido que posiblemente él no va a llegar a ser un músico profesional, por ejemplo. Pero, no hay ninguna razón para pensar que el niño sordo no pueda disfrutar de participar en actividades musicales como cualquier otro niño con audición normal.

Hoy día, vemos cómo los niños hipoacúsicos se preparan para la sesión de música esperando con ansias que comience, y después de la sesión, cuando llega el momento de despedirse, sus caritas sonrientes, son el mejor indicio de que el poder de la música es tan fuerte para ellos como para cualquier niño común y corriente.

Vemos entonces, como conclusión, de que la música es un elemento indispensable en el desarrollo del niño, para que mañana sea un adulto equilibrado. La música es un vehículo que puede producir gran placer; que está íntimamente ligado a la palabra y al lenguaje; a la comunicación, a la expresión corporal y a la danza, y a una infinidad de emociones. A través de la música el niño se expresa libremente y el tocar un instrumento, que al ser de percusión siempre le va a responder, le va a dar a ese niño una sensación de seguridad, que será un pilar importante en su futuro desarrollo.

Nuestro programa de música comprende muchos cantos, simples y siempre conectados a actividades del diario vivir. Así nuestro vocabulario se va enriqueciendo. También tenemos muchos juegos musicales, expresión corporal, e instrumentos de percusión que tocamos y luego, pasado un tiempo de práctica y repetición, logramos distinguir y reconocer.

Hemos visto que, niños que al comienzo llegan tristes, tremadamente tímidos, dependiendo en todo momento de las mamás, no habiendo antes sido expuestos a ningún tipo de música, lentamente comienzan a escuchar otro tipo de estímulo musical, despertando en ellos una enorme curiosidad, unas ansias de participar, y en general, una especie de apertura, de florecimiento, que, al terminar el año, nos encontramos con un niño seguro, que hoy disfruta de la música con toda su capacidad.

La música es la mejor de las terapias, para los adultos como para los niños. Nos libera, nos tranquiliza, nos pone contentos y vemos el mundo con optimismo.

Bibliografía

1. *Gell H. Music, Movement and the Young Child.* New Century Press, 1967. Sydney, Australia.
2. *Robbins Carol, Robbins Clive. Music for the hearing impaired and other special groups.* Magnamusic-Baton, 1980, USA.
3. *Alvin J. Music Therapy.* John Baker Publishers, 1966, USA.